

Atrapada

David Nel·lo

Todo estaba sumido en un profundo silencio. La oscuridad era casi total. Gertrudis se encontraba en el túnel; es decir, en la zona más oscura, silenciosa, tranquila y, quizás, también la más limpia de aquel lugar. Pero ella era consciente de que también podía ser la más peligrosa; no en aquel momento, sino más tarde, cuando hubiera crecido la animación, el ruido y la luz. Por esta razón pensó que lo mejor sería echarse un rato y dormir un poco. Aquellos últimos días habían sido de una gran tensión para ella.

Se echó con las patas bien estiradas porque le dolían. Se había situado en la curva, una buena zona porque desde allí podía observar si había algún cambio brusco o si pasaba algo extraordinario. Se despertó al cabo de un par de horas: ya se encontraba mucho mejor, se había recuperado. Y de pronto notó que había aumentado la luz y entonces se sintió presa del pánico. «Va, aún no había motivo para alarmarse, aún no...»

Tres horas más tarde estaba deprimida, tenía hambre y no había nadie con quien pudiera compartir su soledad. En aquel momento quiso recordar cómo había llegado allí, pero la memoria le fallaba. Echó a andar, y veinte centímetros más abajo pudo comer unas migas de pan. «Estoy muy débil, estoy demasiado débil», pensó Gertrudis. Ella sabía que aún le quedaba comida como para una semana, pero le resultaba difícil aceptar el hecho de que no podría salir de allí antes. O lo que era aún peor: existía la posibilidad de que el señor Cristóbal se retrasase y en ese caso ella probablemente moriría. Casi le molestaba más la idea de no poder salir de allí que la de

morir. Y sin embargo sabía que eso no era del todo cierto, pues en las últimas semanas había tenido centenares de ocasiones en las cuales habría podido morir y siempre las había evitado; con dificultad, pero las había evitado.

El ruido seguía aumentando, había oído un vaso y una botella que caían al suelo y después una serie de gritos muy fuertes. «Una discusión», pensó. Sólo los ruidos de este tipo traspasaban el cristal. Claro que Gertrudis lo prefería así porque, si no, quizá se habría vuelto loca en su encierro.

Gertrudis salió del túnel con sus antenas dispuestas de la manera más receptiva posible y, de pronto, cuando ya había rebasado la boca del túnel, se dio cuenta de que el infierno estaba a punto de empezar. Notó que el panel estaba iluminado y, como cada día, los ojos de aquella mujer que iba con aquel bikini de color rosa pasado de moda se encendían y apagaban de forma intermitente.

Por el momento, Gertrudis pensó que lo mejor sería permanecer en la parte alta; en el túnel, jamás. Esto lo aprendió el primer día de su cautiverio. En aquella ocasión, estando en el túnel, tuvo la suerte de poder alcanzar el techo, de lo contrario la bola la habría aplastado. Claro que antes tenía más vigor y se sentía con ánimos de escalar hasta el techo en menos de un segundo, pero ya sabía que en su estado de agotamiento no podía contar con ello. A veces, ni así estaba segura porque la bola tenía demasiado efecto y lo arrasaba todo a su paso. De momento, se escondió detrás de aquellos hongos de plástico. Pero al cabo de unos segundos, la bola chocó contra el hongo y, por efecto del muelle de

goma, salió disparada en otra dirección, y con la bola Gertrudis también. «¡Rápido, hay que decidir algo!», pensó. Lo mejor sería el túnel luminoso, que no era el mismo que el túnel oscuro; aquél era más seguro.

En los pocos minutos que llevaba de juego, Gertrudis ya había comprendido que su adversario era muy malo, por tanto, incluso en el caso de que diera con la bola en juego contra la del túnel luminoso, nunca le daría con fuerza suficiente para que la bola llegase al fondo del túnel. Si esto sucediese significaría partida para el adversario de Gertrudis y muerte segura para ella, pues se había situado en el fondo del túnel. A estas alturas, a Gertrudis le costaba muy poco calibrar el talento de un jugador; ya había sido testigo de cientos de partidas.

Aquella jornada transcurrió sin grandes contratiempos. Ningún jugador puso su vida en peligro, y Gertrudis se limitó a esconderse en los lugares más seguros de la pista. Durmió doce horas, como una artista de cine, y se despertó tranquila y animada. Sabía que tenía mucho tiempo por delante antes de que empezara su infierno particular. Miró hacia arriba y, a través del cristal, que estaba muy sucio, vio la tenue luz de aquella hora de la mañana. De pronto, se sobresaltó. El panel se acababa de encender. «¡Es imposible que alguien esté jugando a estas horas!», pensó Gertrudis. La máquina se estaba moviendo con mucha fuerza y Gertrudis se sentía mareada; ella aún estaba en ayunas. Por suerte, no se hallaba en el túnel porque allí la bola chocaba con brutalidad contra la otra bola y los millones saltaban a una velocidad pasmosa.



MARÍA TERESA CÁCERES.

Gertrudis sentía pánico y, sin poder contenerse, se puso a vomitar en un rincón. Desesperada, intentaba correr para que la bola no la alcanzara, pero eso resultaba extremadamente difícil porque el jugador era excelente. Gertrudis se volvió bruscamente y sólo tuvo tiempo de sentir el aire de la bola; intento saltar hacia atrás pero la bola le rompió una pata. No sabía qué hacer y la cabeza le daba vueltas. Se dirigió hacia abajo. Esto era casi un suicidio y ella lo sabía, pero como mínimo quería saber con quién se enfrentaba. Llegó muy cerca de los mandos. Se paró y vio quién era el que estaba jugando: entonces lo comprendió todo.

Aquel jugador violento era Antonio, el camarero que servía en el bar durante las primeras horas de la mañana. Gertrudis conocía su nombre porque en los primeros días de su cautiverio lo había

visto jugar y había oído a los de la cocina que le gritaban que no perdiera el tiempo jugando y que atendiera en la barra. Antonio era un monstruo. Movía la máquina de una forma espantosa, de un lado para otro, y algunas veces incluso le daba patadas. Esta claro que si aquella hubiese sido una máquina más sensible, habría marcado falta enseguida, pero no era el caso.

Gertrudis emprendió la huida hacia arriba y cuando estaba detrás de un hongo de plástico, de aquellos que tienen la goma muelle, sintió una especie de explosión y perdió el conocimiento. No se despertó hasta al cabo de mucho tiempo, y cuando lo hizo se dio cuenta de que no podía moverse: tenía medio cuerpo paralizado y pegado a la goma muelle. Notaba que el aire era más fresco y, cuando miró hacia arriba, se sorprendió al ver que no había cristal.

Gertrudis no lo sabía, pero la razón por la cual el cristal había desaparecido era que el señor Cristóbal estaba reparando la máquina. Mientras el mecánico trabajaba, Antonio se disculpaba. «Ya sabes, Cristóbal, a mí me gusta jugar a lo bruto. Y además, la maquina ya no está para estos achaques», se justificaba el camarero. El señor Cristóbal decía que tendría que haberle dado muy fuerte a la bola para que ésta rompiera una goma del *bumper*. «¡Que no, Cristóbal, que no le he dado tan fuerte», insistía Antonio.

Entonces Gertrudis se dio cuenta de que donde ella estaba pegada era justamente a la goma muelle del *bumper*, y que ésta no se encontraba en su sitio sino a un lado, rota encima del suelo de la pista del millón. Incapaz de escapar, la hormiga Gertrudis vio que el señor Cristóbal cogía la goma muelle del *bumper* y a ella y la arrojaba a la basura.